



LA FELICIDAD, S. A.

Como ser feliz no es ninguna obligación, los españoles eso llevamos ganado. La moderna psicología norteamericana, que hasta hace poco se basaba en la tarta de cerezas y en las palomitas de maíz con leche, ahora, para aligerar la carga moral de sus muchachos en Vietnam, ha soltado la teoría de que la felicidad no es obligatoria. Morir despanzurrado en el arrozal y dejar el casco con florecillas, la foto de una novia de Ohio flotando en una charca del Sureste asiático es una cosa que los filósofos y estetas de la Bolsa de Nueva York se han empeñado que esté bien vista durante todo el año 1973. Como nosotros nos movemos en la órbita de sus telefilms, conviene recordarlo, sobre todo estos días, en que hasta los sepultureros nos pasan la tarjeta deseándonos feliz y próspero Año Nuevo.

Desde los tiempos de la posguerra, en que uno alcanzó el libre albedrío, que es una condición para poder ir al infierno, los catequistas me hicieron asociar la gloria del cielo a comer mazapán y escuchar música de violín durante toda la eternidad. No niego que eso sea muy bonito. Pero creo que para los españoles eso es demasiado. Nosotros seguiríamos portándonos bien, viviendo sin pecado mortal, por un simple gazpacho manchego.

Ahora la organización de la felicidad y del amor al prójimo están llevando los grandes almacenes, ya no se gesta en las sacristías. Los departamentos de ventas han sustituido por el lavaplatos a aquel paquete de buenas indulgencias plenarias que se llevaban a la patria celestial en un periquete; han suplantado en la hornacina familiar a la Virgen del Carmen, patrona de naufragos, por un televisor de veinte pulgadas, donde, como un tornillo mal ajustado, todavía predica monseñor Guerra Campos el antiguo camino para ir al cielo entre braslip Ocean, cruzados mágicos y aparatos que te quitan los últimos veintisiete pelos de la barba. El español se ha hecho un lío: aquí ya no se sabe si la felicidad estriba en el mazapán y el violín o en el diseño industrial con una tía en cueros sobre el capó del automóvil.

En el peldaño de 1973 conviene recordar que lo nuestro consiste en sufrir, que las prohibiciones ciegamente obedecidas dejan una honda paz en el alma, que la muerte es un signo de vida futura.

VICENT

SOSPECHAS

CONTEMPORANEAS

TERRIBLE EXPLOSIVO

«En la pantalla aparecen varios objetos alargados y de consistencia flexible: si son cartuchos de plástico, con lo que lleva encima puede volar el aeropuerto». El radar de la Aduana de Zurich había detectado un bulto sospechoso disimulado bajo el refajo del emigrante español, aunque por la tez cetrina y el pelo negro, ensortijado, podía muy bien ser un guerrillero palestino con un pasaporte falso. Había que neutralizar al terrorista sin darle tiempo a utilizar sus explosivos; un tirador especializado se subió a la torre de control y derribó al sospechoso de un certero disparo en la cabeza cuando se disponía a subir al avión. Inmediatamente desalojaron la pista, y un policía, con un perro especialmente adiestrado para olfatear explosivos, se acercó al cadáver que yacía sobre el cemento, con un agujerito casi imperceptible a la altura de la boina. El policía fue desnudando lentamente al hombre,

lentamente, porque el refajo estaba sólidamente ceñido con una costra de sudor y mugre; a la quinta vuelta apareció sobre el costado izquierdo —muy cerca del corazón— un voluminoso envoltorio de papel de estraza; lo desenvolvió, con múltiples precauciones, y apareció una bolsa de plástico transparente que contenía varios objetos cilíndricos, alargados, de un material gomoso, y que destilaba una sustancia oleaginosa. El perro, mientras tanto, daba muestras de creciente nerviosismo, y de pronto, de un salto agilísimo, cogió en su boca el paquete y salió corriendo por la pista. Sólo entonces se acordó el policía de las vacaciones pasadas en España y de los copiosos desayunos en un hotel de la costa: «¡Churros, son churros; esa sustancia explosiva que comen los españoles!»

EL BANCARIO REFRACTARIO

LA VUELTA DE LA TORTILLA

Acababan de dar las diez en el reloj del vestíbulo del colegio para niños ricos. Al revuelo de la entrada en clase —carreras sobre las alfombras de piel de cebra, empujones a las porcelanas del pasillo, manchas de tiza en los tapices de la escalera— ha sucedido la calma más absoluta. Tan sólo hace unos momentos, la entrada al colegio estaba abarrotada de coupés y limousines, de los cuales se bajaban los pequeños plutócratas, dando efusivos besos a sus chóferes y ayudas de cámara. Pero cuando el Cadillac del marqués de Pitoflorido hubo depositado a los jóvenes marquesinos —que ese día se habían retrasado por haber asistido la víspera a una gala flamenca—, en el inmenso césped de acceso al colegio sólo se oía el sedante lloviznar del riego por aspersión.

El gran edificio de mármol y cristal respiraba la paz y el silencio de unas almas que se preparaban a devolver con creces la deuda contraída con la sociedad. Los alumnos de Primero traducían una versión de «El Padrino», en latín, mientras que los de Segundo asistían a sus primeras clases teóricas de golf; en el aula de Teatro, los de Tercero ensayaban un simulacro de Consejo de Administración, y los de Sexto, en la sala de tiro, aprendían a rea-

nimar a un ojeador alcanzado por una perdigonada.

De pronto, una sombra se recortó sobre la valla de piedra del colegio y un hombre se acercó sigilosamente hacia la puerta de servicio, por donde entraban los profesores; pero, al cruzar frente al ojo magnético, sin placa de identificación, se cerró automáticamente la puerta de acero, mientras sonaba la alarma en todo el edificio. En cuestión de segundos, el terrorista estaba maniatado, de cara contra la pared del vestíbulo, pero nadie se atrevía a quitarle un envoltorio sospechoso que el hombre apretaba obstinadamente bajo su axila. «¡Dabemos desalojar el colegio —dijo el director—, puede ser una bomba!» «No —tuvo una brillante idea el capellán—, los pediremos a Ramirez que abra el paquete». Con promesas insidiosas consiguieron que el buscario cogiese el envoltorio y rasgase la protección de papel: apareció una servilleta de blonda, que contenía un voluminoso bocado de tortilla en barra-bombón. Entonces, el hombre confesó: «Soy el chófer del banquero Regulez; el señorito Paco se dejó la tortilla en el asiento trasero del Rolls y ha vuelto a traérsela».

EL HIJO DE GUZMAN EL BUENO

DICESE que los toreros de antaño eran unos tios. Nadie lo duda. Viajar en tren que desparrama carbonilla al interior de los vagones, o en diligencia de mulas que cruzaba en el camino a castellanos a lomos de burra; consultando el «roskoff-patent» para calcular las leguas que aún quedaban hasta la posada de camino y la hora que era, que es en realidad para lo que servían aquellas cacerolas llamadas relojes de bolsillo, media un abismo al hacer la comparación con el torero actual. Del cuello de la camisa abrochada hasta arriba, de la frente sudorosa enjugada con pañuelo de hierbas, de los botines renegados contra el juanete y el sombrero ancho echado para atrás, hasta la liviana camisa adquirida en cualquier comercio de Maracay, Quito o Caracas, el avión con cabina presurizada, el «attaché» cargado de divijas y el equipo asesor integrado por un amigo pelotillero, un apoderado experto en cambios de moneda y de matador, un eficiente mozo de espadas que se las sabe todas y un banderillero que está harto de ser el último mono, es tanto como ir del buhonero al joven ejecutivo; de la «troupe» cómica correcaminos hasta la «vedette» de las ruedas de prensa.

LOS toreros actuales son harina del otro tópic costal. El torero de hoy es el joven ejecutivo que ha nacido con la expansión industrial, la sociedad de consumo y los negocios efectua-



DEL TORERO AL EJECUTIVO

dos en la punta de un palo de la luz. Nada hay más estético, más brillante y más garboso y juncal que un torero de los de hoy. Apenas nacidos a la novillería, que como se sabe es el COU de los toreros, ya se han aprendido eso de las líneas de redescuento. Se manejan con asombrosa soltura por las antesalas de los directores bancarios y saludan cortésmente a hombres de negocios. Ellos, a cambio de estas prebendas, reparten entradas por doquier, poblado de bellas damas y orondos financieros las barreas de cualquier plaza.

EL torero de antaño se compraba un auto Hispano Suiza después de pasar tres meses de cada temporada curándose con gasa y alcohol una herida que hoy duraría quince días. Estos de hoy van y se compran un

Mercedes de un millón antes de haberlo ganado, pero tienen fe en su carrera y en los plazos. Jamás usarán la bolsa de sus predecesores, esa en la que sonaban los duros de a veinte reales, que son los duros buenos.

CHAQUETAS de impecable corte, camisas de colorines, corbatones de cortinas típicas de cualquier vagón de la Renfe, zapatos de lo más «in», «attaché» de fino cuero lleno de incomprensibles papeles. Auto Mercedes y piso en cualquier avenida de lujo de cualquier capital de provincia o en Madrid. Ni jofainas, ni pañuelos de hierbas, ni frentes sudorosas, ni barrigas agresivas, como era antes. Estos toreros de hoy son ejecutivos del tiempo y no matadores vinculados al agro. Los de ahora frecuentan el campo, pero sólo en invierno y para asistir a tentaderos sociales o a cacerías gazmoñas, donde alternan con pizpiretas señoritas. ¡Ah, qué tiempos los de aquellos toreros, de gordas y lozanas mozas de venta, de pilones de abreviar las caballerías y lunas en los caminos! Es la cosa de la evolución, a la que no iban a escaparse los toreros. Es ir del héroe patrio con manos como cubos de carro y juanetes hasta el «dandy» vestido al último grito, joven ejecutivo inmerso en la sociedad actual del frigorífico y el desodorante. Es la fiesta de toros de hoy, y no hay que darle más vueltas.

MU-HILLO